

IN ACTIO PRÆTORIS ÆQUITAS PRÆVALESCEBAT SUPER IUSTITIA*

Luis Felipe Téllez Rodríguez**

Dramatis Personæ

Senator Plubius Cornelius, Actor de la demanda

Senator Æmilianus Scipio, Amigo del Senador Plubius Cornelius

Quirite Lucius Quintus, Demandado del Senador Plubius Cornelius

Prætor Apius Tiberius, Pretor

Gnæus Sextus, Primo y *sponsor del quirite Lucius Quintus*

Numerius Vivius, Senador vitalicio de Roma y juez de la acción

Sclavus Ælius, Siervo del Senador Plubius Cornelius

Panadero Æspartianus, Panadero del Senador Plubius Cornelius

Cupparius Manius, Copero del Senador Plubius Cornelius

Turiferarius Caius, Participante de la comitiva del Emperador

Publius Ælius Hadrianus, Emperador reinante

* Escrito en forma de cuento presentado dentro de las sesiones del Instituto de Estudios Constitucionales dentro de la categoría de “texto curioso”. Advertimos que todos los vocablos empleados en Lengua latina sólo cumplen una función didáctica, por tanto, habiendo prescindido de su pertinente declinación, han sido puestos en nominativo. Agradecemos a los miembros del Instituto la benevolencia con que han mirado este sencillo trabajo, pues su misión es sólo la de entretener al lector a partir de un hilado conjunto de hechos históricos sin la pretensión de querer que constituya un artículo académico. El autor quiere hacer especial mención de la doctora Claudia Patricia Salcedo Torres –a quien dedica este trabajo–, catedrática por muchos años de Derecho Romano en la Escuela de Derecho de la Universidad Sergio Arboleda y de otras importantes Facultades del país.

** Abogado de la Universidad Sergio Arboleda y candidato a Magister en Administración de Negocios por la misma Universidad, litigante y con experiencia en asuntos corporativos. Abogado del despacho jurídico Fuerza Legal S. A. Columnista y conferencista. Miembro del Programa de Honores “Rodrigo Noguera Laborde”. Miembro Correspondiente de la Academia de Historia de Bogotá y de la Sociedad Académica Santanderista de Colombia. Miembro del Instituto de

In actio prætoris æquitas prævalescebat super iustitia

El día no era cálido, pero tampoco frío. El color gris predominaba sobre el cielo romano. Contrastaba el mármol blanco del edificio del Senado con el verde de los árboles que adornaban las calles de la civitas. La faena del día era fiel copia de las precedentes a la fecha y las que le seguirían, según se presagiaba. La premura y el afán del devenir diario avivaban la eficiencia de los habitantes de la urbs. Los baños hervían, los panes se cocían, los mercaderes ofrecían y los compradores adquirían y pagaban las viandas adquiridas. Todo era normal. No obstante lo grisáceo del cielo no había auspicio de lluvia, y el augurio de una noche despejada iluminaba de esperanza los ojos de los sacerdotes y los fieles en los templos, donde las antorchas ardían y la fragancia del incienso se percibía hasta el Palatino¹.

–No entiendo, Plubius, por qué después de estar divirtiéndonos con nuestros amigos en el *caldarium*² tengamos que parar en el *laconicum*. Bien sabes que hoy, diecisiete de diciembre, empieza la Saturnalia y nos apremia hacer el sacrificio en el Templo.

Los siervos se apresuraban a verter en las tinas del recinto litros y litros de aceite de oliva tibio, el que perfumaban con flores de lavanda y a la vez que esparcían flores frescas de los campos, cortadas ese mismo día, por las paredes y suelos del cuarto. El agradable olor que pasaba por las narices e invadía los pulmones de los visitantes cautivaba sus espíritus con la impresión de un templo pero sin lo incómodo del humo del incienso.

–*Æmilianus*, sé que estás cansado luego de la actividad tan intensa en el Senado esta mañana, además, escuchar sin parar las diserta-

Estudios Constitucionales. Ca pacitado en el Programa especializado para Secretarios de Tribunal de Arbitramento de la Cámara de Comercio de Bogotá (CAC). E-mail: luis.tellez@usa.edu.co, luisfelipe@fuerzalegalsa.com.

¹ El monte Palatino es una de las siete colinas de Roma, donde se ubicaban las residencias imperiales. Fue allí donde Rómulo fundó la ciudad y recibió su nombre en honor de la diosa Palas (de la guerra y la sabiduría).

² Los baños romanos recibían a sus visitantes en el *Tepidarium*, sala de carácter tibio. Luego pasaban al *Caldarium*, donde imperaba una temperatura más intensa con abundante vapor de agua. Si se tenía algún dolor, se pasaba al *Laconicum* donde en medio del calor seco se gozaba de tratamientos medicinales. Finalmente, se entraba en el *Frigidarium* (Sala fría) antes de salir. Algunos bañistas salían al patio del baño para ejercitarse sobre el césped que allí se cuidaba.

ciones de la senectud es un martirio para quienes como tú y yo no asomamos ni a los cuarenta calendarios desde que abandonamos el vientre materno. Pero es un verdadero dolor lo que me trae hasta estos masajistas.

Los siervos del hombre que dirigía el *laconium* pasaban sus manos por los cuerpos de los senadores, quienes tenían el privilegio del que ningún aristócrata gozaba en el Imperio, hablar y pasearse en el gigante baño de la villa de Adriano en Tívoli³. Además, estaban arriba de cualquier otro hacendado, podían aliviar la tensión con las técnicas de médicos y masajistas venidos de diferentes partes del *Orbis*, que por orden del Emperador convergían en ese baño.

—Cuéntame, pues, qué es lo que te hace doler la espalda. Llevas anticipándome tu narración todo el día sin poder saber yo qué es lo que te ha mantenido fuera de nuestras sesiones ordinarias por lapsos no prolongados pero sí recurrentes.

El silencio invadía el ambiente. Apenas podían percibirse las voces de los lectores, que por encargo de Adriano, leían pasajes de los poetas más diestros y famosos de la época. Quinto Ennio no era la excepción.

—Æmilianus, hoy he tenido que acudir al *Prætor* Apius Tiberius. Cosa que no me complace. Pero es que la situación con mi vecino Lucius Quintus no tiene espera. ¿Lo recuerdas?

La sorpresa en el rostro del Senador Æmilianus Scipio mostraba su extrañeza al escuchar el nombre de tan reconocido ciudadano relacionado con la *Prætura* del Imperio.

—Claro. Cómo no traer a mi memoria el succulento banquete que dio para la pasada *Lupercalia*. Recuerdo que tuvimos que acudir más de tres veces al vomitorio. Abundaba el vino, corrían los esclavos con exquisitos platillos. Quería que nunca acabara. Mi carne se deleitó con toda clase de banquetes.

³ En Tívoli (Antigua Tibur), estaba la villa que el Emperador Adriano construyó entre los años 118 y 134. Abarcaba 120 hectáreas y poseía un baño, que según se dice, tenía una extensión de 10.000 m².

Sus mentes evocaban las fiestas llenas de sirvientes, no sólo para llevar los platos hasta los *tricliniums*⁴, sino aquellos que satisfacían las pasiones del cuerpo. Hombres y mujeres se disponían a servir a los invitados de su *dominus*. Su cantidad, entre más contara, sería señal del poder económico del anfitrión.

–Sí Æmilianus. Tienes toda la razón. Pero en medio de su vanidad y de su deseo por seguir complaciendo su familia y amigos empeñó todo lo que existe en su villa ¡Su vida propia podríamos decir! ¿Por qué lo digo? Empezó a pedirme ciertas cantidades de dinero, pocas en cuantía, lo que para mí no era un gran esfuerzo. Pero como lo diferíamos a largos plazos, empezó a ser para mí imperceptible. Ayer, cuando con mi *computator*⁵ revisábamos los libros de egresos, ¡Oh sorpresa! ¡Por Júpiter! Me ha llegado a deber cien mil denarios. Es increíble como de gota en gota se rebosa la copa.

La paz del lugar contrastaba con la premura del Senador Plubius Cornelius.

–Pero Plubius, ¿no puedes darle prórroga?

No era necesario hablar. El rostro del Senador dejaba a la vista su deseo por hacerse rápido, o bien al dinero que ese *quirite* le debía, o si corría con suerte, a la hermosa villa que poseía. El Senador contaba en ella a sus hijas.

–Æmilianus, bien sé, por boca de su esposa y uno de sus siervos que está totalmente ilíquido. El solía vender el vino proveniente de sus viñas en la Bætica⁶, pero en el camino, parece ser, el cargamento cayó por un barranco y ahora está arruinado. Sabe Menarva⁷ si sus mismos sirvientes lo vendieron o él mismo se lo tomó en casa. Es difícil controlar algo que está a casi mil cuatrocientas millas⁸.

⁴ Sillas en que comían los antiguos romanos.

⁵ Contador o encargado de llevar las cuentas.

⁶ Según la antigua división administrativa romana, la Hispania estaba dividida en tres jurisdicciones: Lusitania (Portugal y Extremadura), Hispania Tarraconensis (norte y noreste) y la Bætica. Ésta última corresponde a la actual Andalucía, España.

⁷ Diosa etrusca de la sabiduría.

⁸ La milla romana equivale en la actualidad a 1467 metros. En la época del Imperio, llegar de Roma a la Bætica podría corresponder al recorrido equivalente a 1983 Kilómetros, aproximadamente.

La tarde empezaba a vislumbrarse, pues el sol del mediodía se colaba con intensidad por los pequeños tragaluces que los constructores habían dejado en la bóveda del cuarto.

—¿Y qué pasó, entonces, con Lucius?

Un sirviente aproximó a los senadores una mesa de madera con un bello mosaico en su superficie. Las pequeñas losas en conjunto enseñaban la común escena de la pelea de gallos. Los dados que se les sugerían para el juego propio de los baños romanos fueron ignorados por los visitantes. Importaba más su charla.

—Pues he hecho empleo del ahora tan popular *procedimiento formulario*, que hace ya tanto remplazó a las *Legis Actiones*, y, como él seguramente lo esperaba, tomé mi litera para recorrer las escasas *milla passum*⁹ que separan nuestras villas. Su esposa me recibió con el aire servil que la caracteriza en al *atrium* al frente del *implubium* que Lucius llenó con agua traída de Judea. No sobra decir que su excelente gusto para el arte le ganó los mejores frescos en su sala. Bueno, eso no le resta lo deudor. Cuando me hube anunciado, Lucia, su hija, me comunicó que su padre se encontraba enfermo. Pero como es ahora necesario que el *contrincante* sepa que se lo va a aniquilar, decidí, pues, pasar a sus aposentos al fondo de la casa. Eso sí, cuidándome de no mirar el *Lararium*, es difícil pero no imposible. Lo que pasa es que éste se encuentra casi en el paso a las habitaciones. Debería estar a la entrada como todos lo hacemos.

La temperatura en la sala subía con el correr de los minutos.

—¿Cómo lo encontraste?

El desdén en el rostro del Senador no dejó mucho que esperar.

—A decir verdad, Æmilianus, conserva su aspecto robusto, por lo que supongo que era una estrategia para evadirme. Su nariz gruesa se mantenía firme como sus gordas mejillas. El rosado no había abandonado su faz y la inmensidad de su vientre se dibujaba entre las sábanas del lecho. Lo informé del asunto como corresponde: “*Fiel Lucius Qiuntus, que habéis honrado mi existencia con el premio de*

⁹ La *milla passum*, zancada o doble pisada, era para los romanos lo equivalente a 30.8864 centímetros en la actualidad o cinco pies griegos (12.16 pulgadas modernas). En éste caso, serían como 31 metros entre las villas.

vuestra amistad, informo a vuestra persona que emprenderé por el libelo que aquí os leo, la acción que Roma y su Senado me permiten en contra de vos, con el único fin de recuperar lo que por derecho me pertenece y que vos retenéis sin cumplir los plazos pactados por nuestras personas al momento en que os entregué el dinero. Me adeudáis, pues, cien mil denarios y es así que os exijo, por Marte y Júpiter, devolver lo que se os ha prestado y ateneros a lo que el Prætor tenga a bien concederos". Él me replicó luego de haber tosi-do unas cuantas veces: *"Oh buen Plubius Cornelios, sabio senador de Roma. Veis cómo mi salud, física y material, no deja más que de-sear. Si vos, que acompañáis el devenir del Imperio bajo la insignia 'Senatus Populusque Romanus', no apeláis a la bondad de vuestro ser para concederme un plazo más, no tendré, pues, más remedio, que entregarme a la justicia del Prætor y combatir con vos, no por las armas, pero sí por la oración"*. Con esas palabras, no podía más que conmoverme, pero me bastó simplemente con retirarme de su dormitorio.

—¿No te despediste?

—Por supuesto que sí. No perdería las enseñanzas de mi magister en la escuela ni en una situación como esa. Le dije: *"Entonces, Lucius Qiuntus, nos veremos ante el Prætor. Deseo que paséis una feliz tarde y que por todos los dioses pagues a mis arcas lo que retienes. Cuando a bien tengáis podréis dirigiros al tablón de edictos a ver la acción que contra vos ya he emprendido. Ave"*.

Quien dirigía las actividades de los masajistas indicó que debían retirarse, y entraron con esponjas y otros utensilios los esclavos que fregarían las espaldas y sobacos de los senadores.

—Uno de mis hijos, creo que fue Marcus Cornelios, el segundo, ami-go de juegos de los retoños de quien soy acreedor, el que me dijo que Lucius, luego de mi partida, se había apresurado a salir hacia el Forum, y pudo comprobar lo que ya había sucedido. El proceso había comenzado.

—Pero como tengo entendido...

—¿Cómo que *entendido*? Eres un Senador del Imperio, redactas las leyes conmigo... ¡Has de saber enteramente cómo son ellas!

El aire irónico del comentario de un senador a otro no pudo más que romper el sepulcral ambiente con las risas de ambos. Uno de los esclavos hizo muecas de querer acompañarlos, pero su *director* le ordenó desaparecer inmediatamente.

–Pero como tengo entendido, mi querido Plubius, el *Prætor* habrá hecho llamarlo.

–En efecto, *Æmilianus*, en efecto. Y me ha parecido bastante bueno que compareciera. Incluso, de buena fe, ha llevado a su primo *Gnæus Sextus* para presentarlo como *sponsor*. ¡Favorable elección! Es dueño de una finca agrícola cerca de Roma que produce gallinas y corderos. Además, posee grandes plantíos de olivo, es proveedor de *Su Divinidad*, y extensiones de huertos que casi se confunden con el horizonte, dando frutos y verduras durante todo el año. Excepto el estío, no es fácil cultivar durante esa temporada. Así mismo, tiene varios, por no decir muchos, molinos de grano que le dan considerables cantidades de harinas de diversos tipos, y que es gentil al darme por asequibles precios. Con esas harinas, se preparan en casa deliciosas tortas endulzadas con miel que me sirven para agasajar a mis invitados. Tú las has probado.

El Senador *Æmilianus* asintió con la cabeza.

–Ello, en conjunto, lo posiciona como un acaudalado hombre entre nosotros.

Los siervos que habían terminado de fregar los lomos de los legisladores, ocuparon los recipientes de cobre que traían con sus implementos y los ayudaron a pararse para salir hacia una superficie de madera donde los esperaban ocho sirvientes que el *director* había autorizado a entrar con un ademán. Los esclavos, que traían en sus manos toallas del más fino algodón egipcio, procedieron a secar los cuerpos de los senadores.

–No será necesario que os esmeréis bastante en no dejar gota alguna de óleo, repuso el Senador *Æmilianus* al aire con la vista fija en el detalle de la cariátide que sostenía las arcadas y las bandas de arquitecra. Solamente será menester preocuparos por absorberlo, pues pasaremos de nuevo al *caldarium*.

Los esclavos sonrieron y continuaron con su labor, mientras los senadores daban rienda suelta a su disertación.

–Me extrañó que Lucius no repusiera una *Exceptio* para declarar nula la acción que contra él había emprendido. Por ello, no hubo lugar a una *Replicatio* de mi parte. Creo que su nobleza puede llegar a ser mayor que la mía. Fue entonces cuando el *Prætor* lo interrogó siguiendo *Causæ Cognitio*, conociendo de su iliquidez para afrontar el pago de la deuda.

Los senadores vieron que en su cuerpo asomaban nuevamente los folículos del vello, por lo que el *director*, habiendo comprendido súbitamente, ordenó a otro séquito de esclavos a traer cera de abejas y una pequeña hornilla para depilarlos. Ya habituados a esa tarea, ni se inmutaban al ver retirar las tiras de algodón que suavizaban lo que más tarde sería cubierto por la toga.

–A la segunda comparecencia, continuó el Senador Plubius, más fácil de lo que creía, el *Prætor* consideró conveniente que se nombrara al juez y se redactara la *formula*. Elegimos, de mutuo acuerdo como lo establece la ley, por árbitro a nuestro bien querido Numerius Vivius.

–¡Ah sí! El ilustre *Pater* que por su respetabilidad entre los ciudadanos, los magistrados y el propio Emperador es en adelante senador vitalicio. Todos lo apreciamos. Y buena elección han hecho.

–Fue así que el *Prætor* dictó la sentencia, que fue copiada al pie de la letra con sumo cuidado sobre la tablilla de cera por su *scriba*. No había visto nunca cómo se hacía. Siempre legislo pero no me involucro en los asuntos para los que creamos el Derecho. Curioso, me pareció, que acompañara al sello del *Prætor* los nuestros, el de Lucius y el mío. Lo llevamos, pues, ante Numerius y él procedió.

Cuando los senadores estuvieron listos, los esclavos les facilitaron nuevas y limpias toallas para dirigirse al *caldarium*, pero como era habitual, ellos siguieron desnudos al recinto. Allí, se sumergieron en una de las piscinas, que durante todo el día había sido cuidada de ser ocupada por otro diferente a ellos mismos, y comprobaron la efectividad de los cientos de *hipocaustums*¹⁰ que se ubicaban un piso bajo ellos.

–Luego de su lectura, continuó el Senador Plubius, cansados de ese *nosotros imperativo*, *dejemos aquello, ordenemos lo otro, evitemos*

¹⁰ Calderas que, ayudadas por la quema de madera, calentaban el agua en los baños romanos.

lo uno...’, percibimos que el *Prætor* definió las directrices más apropiadas para reconocer nuestros derechos. Él bien nos conoce, sabe a Lucius por honrado y a mí por impaciente, por lo que la sentencia *Iudicatum* de Numerius me concedió el carácter de *Magister Bonorum* sobre Lucius por plazo de un año, con el fin que condone su deuda pero sin ser llevado a prisión, condenado al encadenamiento o que él o su familia pasaran hambre. Convinimos...

La charla fue interrumpida, pues el *cupparius* Manius les tría el *mulsum* para abrir su apetito.

—Cuán delicioso es este aperitivo, dijo a su par el Senador *Æmilianus*. Ésta mezcla de vino y miel, si es de buenas uvas por supuesto, ayuda a la digestión y hace más apacible la charla de los amigos.

—Tienes toda la razón amigo mío, le repuso el Senador *Plubius*. Recordarás a *Gaius Plinius Secundus*, o mejor conocido como *Plinio el Viejo*. Nos dejó una completa documentación sobre doscientas clases de vinos, no sólo romanos, sino egipcios, otros provenientes de la *Aquea*¹¹, y tantos más.

—Es cierto ilustre Senador, y es que cuando los disfrutamos fríos en medio de éste calor, no importa cuanto cueste traer la nieve de las montañas para satisfacer éste capricho. Lástima que *Plinio* haya muerto, tenía tan solo cincuenta y seis años. Ahora revolotea por ahí su sobrino, lo llaman *Plinio el Joven*, parece que quiere igualar la obra de su tío, esa *Historia Natural* que éste último hace tiempo publicó.

El sirviente seguía sosteniendo inmóvil la bandeja de plata en la que traía las copas de los senadores, pero bastó un gesto de *Plubius* para que se retirara, dejando sobre un poyo de mármol el asiento de los recipientes antes de marcharse.

—Continuando con lo nuestro, dijo el Senador *Plubius*, más que convenir, aceptamos la sentencia de buena gana. Todos sabemos que la sentencia es verdad irrefutable desde el momento en que nos acogemos a ella, por lo que simplemente convinimos en materia de opinión que sería lo más provechosa para los dos. Pero eso sí no te puedo negar que añoraba su casa para sumarla a mis propiedades.

¹¹ Provincia romana correspondiente al protectorado romano que abarcaba Grecia.

Permita Ceres¹² que sus tierras den fruto, de lo contrario, no se escarará de la pena que le vendría, de la mano de *Res Publica* o de mi propia justicia.

Cuando hubieron terminado el *mulsum*, el *sclavus Ælius* les trajo pájaros cantores en salsa de espárragos acompañados con huevos de codorniz. Sin tardanza, el *cupparius Manius* cambió sus copas por otras limpias, éstas de plata con detalles en oro, que dejaban ver el diseño de vides entrelazadas unas con otras. Vertió en ellas vino aromatizado con especias del Oriente, que los mercaderes extranjeros solían ofrecer a los *grandes* del Imperio para ganar su afecto.

—Los legionarios acostumbran, dijo el Senador *Æmilianus*, mientras sirven en el Ejército a realizar la cocción al sol del róbalo y las anchoas en agua salada. Le agregan la caballa con sus intestinos, y luego orégano, cilantro, semillas de pimienta y el apio con sus semillas. Resulta una rica salsa. Pero esto, sin duda, es mejor que ese *garum* que los fortalece para la batalla. Es placentero comer bien. Se hace cualquier cosa para lograr comer como uno antoja.

—*Æmilianus*, le repuso el Senador *Plubius*, no corras con la misma suerte que Apicio, que como dice la leyenda, se suicidó al descubrir que no tenía dinero para comer como le gustaba.

—¡Por todos los dioses, *Plubius*! Me libren ellos de carecer de dinero y de incurrir en el suicidio, que es a mis ojos, la peor de las muertes. Más gloria se gana, sucumbiendo en batalla o viendo extinguirse la llama de la vida en la agonía causada por los años, que arrebatarla en el desespero producto de la desesperanza.

—Como te venía contando *Æmilianus*, he quedado como *Magister Bonorum* sobre los bienes de *Lucius*.

El vapor presente en la sala, dificultaba la vista entre los interlocutores durante la charla, por lo que decidieron ubicarse en el mismo escalón para continuar comiendo y conversando más cómodamente.

—Ello, *Plubius*, le evitará a nuestro amigo ser sometido a la *Distractio Bonorum* o la vergonzosa *Missio In Bona*, por lo que la tranquilidad del alma de este ciudadano será la garantía del sosiego de la tuya.

¹² Diosa romana de la agricultura, las cosechas y la fecundidad.

–Tienes razón amigo mío. Mira, ya casi se acerca el crepúsculo. Es mejor que vayamos concluyendo nuestra visita al *balneum*.

Los dos senadores salieron de la piscina, y pasaron al *frigidarium*, donde se exhibía en el suelo un mosaico en azul y blanco que representaba a un tritón rodeado de delfines y atraía las miradas por la pulcritud de su trabajo. Mientras se secaban, el panadero Esparthianus les prodigaba pequeñas porciones de torta fresca a los senadores.

–Creo que ya podemos salir. No habrá peligro de resfriarnos, hemos cumplido con el tiempo necesario para salir de este maravilloso recinto.

–Es verdad Æmilianus. Será mejor que nos apuremos para evitar llegar tarde al inicio de la *Saturnalia*.

Los dos senadores se dirigieron al vestuario donde recuperaron la toga y se pusieron las calzas. Ambos lucían maravillosamente el *claus latus*¹³. Su presencia resaltaba en medio de los purpurinos trazos del cielo romano al atardecer, ya sin nubes, al atravesar los jardines de la villa para llegar al despacho imperial. Cuando los dos amigos hubieron visto la oficina del Emperador Adriano, apreciaron el puente giratorio que permitía el acceso a la dependencia sobre la piscina que la rodeaba. Definitivamente reproducía con exactitud al Canope, era como estar en frente del canal que conectaba a la ciudad del mismo nombre con Alejandría. Para su sorpresa, la procesión imperial había dejado el pabellón y se disponía a conducir al Emperador fuera de la isla. A la cabeza de la comitiva estaba el turiferario, claramente advertido por el Senador Plubius.

–Éste era servidor en mi villa. Mira que buen puesto le gané. Susurró el Senador Plubius al oído del Senador Æmilianus.

–¡Caius! Dijo el Senador a su antiguo sirviente.

–*Senator*. Respondió éste pausadamente e inclinando la cabeza ante él.

Los senadores se acercaron a la comitiva, presenciando cómo la curul imperial, sostenida por seis hombres, se detenía ante ellos. Los miembros del cuerpo legislador se pusieron delante del pebetero

¹³ Banda púrpura que decoraba las togas de los senadores romanos como señal de su dignidad.

quemando incienso en honor del Emperador, quien los recibió en audiencia.

–*Ave Publius Ælius Hadrianus Augustus Cæsar Imperator Romanorum!* Exclamaron los pares al tiempo.

–¿Qué deseáis? Habló el Emperador.

–Agradecer a Vuestra Divinidad el inmenso beneficio que nos ha dispensado al dignarse escuchar las palabras de nuestros labios, que sólo pueden alabar y bendecir la obra de Vuestras manos. Dijo el Senador Æmilianus con tono ceremonial.

–Sí. Continuó el Senador Plubius. Es a Vuestra Divinidad a quien agradecemos y dedicamos todo canto laudatorio por la magnificencia de tan perfecto *balneum*, reflejo escaso de la majestuosidad de Vuestra persona pero admirable obra del progreso del Imperio garantizado en el gobierno que los dioses te han otorgado.

–Vuestras alabanzas son la más apreciada muestra del agradecimiento romano. Tened por reconocidas vuestras palabras y dad a Saturno numerosos sacrificios, orando por éste servidor que lo único que busca es el engrandecimiento del Imperio, para gloria de Roma, madre de todas las naciones.

Haciendo una reverencia con profunda devoción, los senadores dieron paso al cortejo imperial, alrededor del cual danzaban vestales que esparcían flores para perfumar el paso del monarca y lo amenizaban tocando el sistro. Viendo como se alejaba la comitiva hacia el Templo de Saturno a través del camino de antorchas que se había dispuesto y ya encendido para alumbrar a *Su Divinidad*, los senadores siguieron caminando por los jardines antes de retornar a la *civitas* para tomar parte de los alegres festejos.

–Adriano es más amante de la poesía que del Imperio. Dijo el Senador Plubius. En tiempos de su tío Trajano, Roma alcanzó su mayor extensión. Yo sé que él no se preocupa por aumentar el alcance de nuestro poder. No. Prueba de ello es la muralla que ha extendido por las fronteras con la esperanza de alejar el peligro de los bárbaros. A mi modo de ver, según me cuentan y por lo que he conocido, de los doce metros de altura que miden y el foso que de su lado norte las compone, sólo quedará la franja de *Britania* y la *Alta*

Germania Rætia, pues son las más fuertes y mejores de todas las construidas. Plutón me llame a la pira antes de ver a Roma destruida. Y permita Júpiter que me prodiguen las plañideras en mi cortejo y el mejor vino para apagar las llamas de mis cenizas.

–Plubius, reconoce al Emperador Adriano que construyó el Panteón para la adoración de todos los dioses. Es meritorio que con ello nos ha evitado tener que pasar de templo en templo para rendir adoración a cada uno de ellos. Por otra parte, mira que sus obligaciones con el Imperio no han sido pocas, hemos gozado de un tiempo de paz y con ello el fortalecimiento económico de nuestra nación, augurando siglos de prosperidad y continuidad a Roma. *Senatus Populusque Romanus!*

–*Senatus Populusque Romanus!* Tienes razón Æmilianus. Pero con todo lo que te he contado hubiera sido más rápido y provechoso, con mi suerte, haber hecho uso del antiguo procedimiento de las *Legis Actio Per Sacramentum*, con lo que por el *In sacro deponerent* hubiera dejado por fuera del juego a Lucius con sus propiedades en poder del Estado.

–¿Y qué hubieras ganado con ello Plubius? Le repuso incómodo el Senador Æmilianus. Solamente lo hubieras arruinado.

–No sólo eso. Más de lo que crees. Con sus posesiones en el poder del Estado me hubiera sido fácil pagar por ellas alegando la protección de mis derechos como acreedor por la *Legis Actio Sacramento In Personam*. Los magistrados no se hubieran negado. Pero comprendo que la facilidad y dinamismo que nos gana ahora el procedimiento de las fórmulas logra que si bien se haga justicia, la equidad procure el bienestar de todos los ciudadanos. En efecto, el Derecho se orienta mediatamente al Bien Común. *In actio prætoris æquitas prævalerebat super iustitia*.

–Me alegra tu sensato pensamiento, pero apresuremos el paso para poder tomar un buen lugar en el sacrificio saturnal., expresándose más tranquilo el Senador Æmilianus. Espero que nuestros mayordomos hayan llevado ya los cerdos al Templo.

–Te la plena seguridad que así ya lo han hecho. De igual manera, como es tradición, mostraremos nuestra benevolencia con nuestros

esclavos al servirles hoy en el banquete común en la plaza al frente del atrio.

–Danzaremos durante siete días, estallaremos de júbilo por el regreso de los generales de las exitosas campañas y gozaremos al hacer como lícito lo prohibido. Dijo animado el Senador Æmilianus.

–*Senatus Populusque Romanus!*

–*Senatus Populusque Romanus!*

Ambos amigos se encontraron en el Templo con sus esposas, sus hijos y siervos, y en medio del jolgorio reinante, celebraron a Saturno y vieron, entre cantos y sacrificios, cómo se cubría de noche la *urbs* extinguiendo el día diecisiete del mes de diciembre del quinto año del reinado del Emperador Romano Adriano.